Molino de agua en Onden, parte de la colección Treinta y seis vistas del monte Fuji, del afamado grabador de Ukiyo-e Katsushika Hokusai. Dominio público.

La cultura de la limpieza

Hay mitos y estudios científicos sobre la cultura de la limpieza en Japón. Sus ciudadanos se hicieron famosos en los mundiales de fútbol por limpiar las graderías de los estadios. En estas páginas, les contamos algunas de esas teorías y las contrastamos con datos sobre los momentos de mayor contaminación urbana. Como en muchos países, Japón sufrió contaminación de ríos y calles, pero ciertas prácticas lograron un cambio real. Las compartimos con ustedes.

Los hinchas del *Samurai Blue* —el seleccionado del fútbol profesional de Japón— se hicieron famosos en el mundo por su hábito de limpiar las graderías de los estadios. Algunas revistas deportivas elogiaron este gesto y otras se sorprendieron al saber que los jugadores también limpiaban los vestuarios después de los partidos de la Copa del Mundo. Esto es parte del hábito de reunirse después de un gran festival para limpiar las calles.

También es común ver a grupos de ciudadanos reuniéndose por las mañanas para limpiar sus parques o plazas públicas, una actividad recomendada para conocer a los vecinos y aportar a la sociedad.

La búsqueda del *factor equis*

Algunos rasgos culturales sugieren que los japoneses son amantes de la limpieza. Por ejemplo, cuando uno entra a un restaurante, se le suele ofrecer un *oshibori*, una toalla blanca mojada en agua caliente para limpiarse las manos. Para entrar a los templos, hay un *chōzuya* o *temizuya*, un espacio con agua fluyendo para limpiarse las manos y purificarse. En la entrada de todas las casas hay un *genkan*, un lugar para dejar los zapatos de calle y colocarse unas sandalias o caminar descalzos dentro. Muchos hogares tienen un *kuki seijōki*, o purificadores de aire que eliminan el polvo, las partículas pequeñas y otros alérgenos, además de eliminar olores. Los japoneses disfrutan del *furo* o baño tradicional de agua caliente en una tina profunda, ya sea en casa o en instalaciones públicas. Inclusive, se suele ofrecer a los visitantes sudorosos que llegan a casa tras una larga caminata en

verano, tomarse una ducha para que estén más relajados y disfruten una charla amena con cervezas frías.

Algunos investigadores folcloristas estudian este tipo de hábitos en su búsqueda del *factor X* que explica los orígenes sociológicos o antropológicos del gusto por la limpieza en la sociedad.

Una de las hipótesis sugiere que el cultivo de arroz inundado es parte de ese *factor X*, considerando que las técnicas de cultivo tardaron más de 650 años en extenderse dentro de Japón, dado que el mantenimiento de canales de agua para que fluya agua limpia requiere mucho trabajo. Desde un punto de vista evolutivo, solo los grupos más ordenados y limpios pudieron haber sobrevivido con esas técnicas complejas.

En la mitología, el *Kojiki,* que es el libro más antiguo que se conserva sobre la historia de Japón, cuenta la leyenda de la diosa Shitateru-hime, quien, tras perder a su esposo tomó una escoba para barrer la cámara funeraria, purificarla y evitar que regresaran los espíritus. Se trata de una de las primeras referencias escritas en japonés sobre la actividad cotidiana de barrer. El estudio de la mitología abre las puertas a las hipótesis sobre la influencia de la religión. Por ejemplo, el Museo Nacional de Tokio tiene varios *emakis*, o ilustraciones dibujadas en pergaminos, que cuentan la historia de Japón. Uno de ellos es el *Gakizōshi*, dibujado en el siglo XII, durante el cambio del periodo Heian al Kamakura. En él se ve a demonios que vivían en las calles, comiendo basura y excrementos. Se trataba de un mensaje religioso de la época, para mostrar las consecuencias de obrar mal en esta vida. Así, algunos creen que la importancia de la limpieza llegó con el budismo y que la actividad de barrer se convirtió en un ritual, especialmente en el periodo Nara (710-794), cuando se comenzó a usar la escoba como un amuleto para atraer las cosas buenas y alejar las malas.

El Hōkigami o Hahaki-gami (dios de la escoba), según la interpretación del dibujante Toriyama Sekien (1712 – 1788). Se trata de un kami, o espíritu divino, de la escoba (hahaki es la palabra antigua para el actual hōki), que ayuda a las mujeres a tener un parto seguro. Ilustración de dominio público.

Tercera sección del Gakizōshi, un rollo que ilustra la vida de los demonios hambrientos, parte de los seis reinos de la cosmovisión budista, viviendo en una ciudad sucia. Siglo XII. Dominio público.

Antes de la entrada del budismo, el sintoísmo japonés también ofreció algunos aportes con la costumbre de lavarse las manos antes del culto.

En la lingüística, una hipótesis estudia la palabra kirei (綺麗), un término que se usa tan cotidianamente como la palabra española «bonito» o «bello», pero con la connotación de «pulcro» o «limpio», para explicar que la estética japonesa requiere de cierta pulcritud.

Otros, en cambio, ven los orígenes del *factor X* en el clima y la geografía montañosa de Japón, caracterizados por abundante lluvia y bosques, que ofrecieron un entorno de agua limpia que fomentó la cultura del aseo corporal diario.

Las políticas públicas

Durante el periodo Edo (1603 a 1868), surgieron algunas normas para que la gestión pública asumiera la eliminación de residuos (1649) y para el establecimiento del primer vertedero de basura (1655). Estas primeras leyes establecían las actividades de recolección, transporte y eliminación. Para los entendidos en la materia, hoy faltarían dos componentes esenciales: el reciclaje y la participación de la sociedad.

Algo sorprendente es que también se establecieron algunos mecanismos que hoy serían considerados prácticas de reciclaje, como, por ejemplo, la obligación de reparar los cordeles rotos de las sandalias con el fin de evitar la compra de un nuevo par.

En el Japón contemporáneo, sin embargo, esta mentalidad ha desaparecido debido a los altos costos de las reparaciones y a la manera de fabricar algunas mercancías cotidianas como las zapatillas.

Ríos y bajopuentes sucios

A pesar de las iniciativas del siglo XVII, el crecimiento urbano ocasionó los problemas típicos que se ven en las ciudades modernas: ríos saturados de basura, acumulación de desechos en lugares públicos, quemas ilegales o uso de terrenos baldíos para la disposición de escombros, entre muchos otros. La respuesta que dio el siglo XIX a estos problemas fue acorde a los tiempos que corrían: leyes que prohibían desechar basura en los ríos o lugares públicos, con la amenaza de sanciones. Por supuesto, si bien hubo alguna mejora, estas normas punitivas demostraron no ser tan eficaces.

Para ilustrar el problema, el director de la oficina de la Agencia de Cooperación Internacional del Japón (JICA) en Bolivia preguntó a los participantes de un conversatorio si conocían algún río sucio en su ciudad. Luego, les preguntó si esos ríos los motivaban a nadar.

En su niñez, el director tampoco hubiera

querido ni siquiera tocar el agua de algunos ríos en Japón, pero hoy es todo distinto, y uno de los proyectos de la cooperación japonesa en el mundo intenta compartir las experiencias positivas que generaron el cambio.

La responsabilidade de uno

Para generar el cambio, la sociedad japonesa aplicó varias actividades para construir un sistema en el que participan tres grandes grupos: las entidades públicas encargadas de la gestión de residuos, el sistema educativo y los ciudadanos.

Los resultados no fueron inmediatos, pero la constante mejora de estos tres, a lo largo de casi medio siglo, logró que Japón pueda disfrutar hoy de un sistema de gestión eficiente, un sistema educativo que logra inculcar un espíritu de limpieza en los futuros ciudadanos y una sociedad que aprecia la cultura de la limpieza.

Veamos algunos ejemplos de iniciativas en Bolivia.

El sōji en Bolivia

掃除

Los kanjis de arriba leen sōji, alargando la «o» y pronunciando «ji» como en *jeans* o Jeep. Es una palabra muy cotidiana, dado que significa «limpieza», sin más. Sin embargo, es difícil pronunciarla en español, lo que la haría una mala candidata para representar alguna campaña de gestión de residuos. A pesar de este inconveniente —que podría ahuyentar a más de un experto en publicidad—, el «proyecto SOJI» es el nombre que se escogió para una iniciativa de cultura de limpieza en Vallegrande.

Una de las actividades de la ONG japonesa DIFAR para la transformación de la cultura de residuos sólidos en Vallegrande fue la instalación de una planta de compostaje.

En el año 2000, una de las voluntarias del programa JOCV (*Japan Overseas Cooperation Volunteer*) apoyó con sus conocimientos en residuos sólidos a este municipio cruceño. Terminada su misión, continuó trabajando en esa región como miembro de una ONG japonesa.

Los jóvenes del JOCV suelen ser personas que, viviendo en Japón, ven una oportunidad de colaborar a otros países y conocer el mundo uniéndose al programa.

Cuando la voluntaria llegó a Bolivia, una de las primeras diferencias que observó fue que los niños en Bolivia no limpiaban sus escuelas.

Al igual que la mayor parte de los países en el mundo, en Bolivia se suele contratar conserjes u otro personal para que se haga cargo de la limpieza. De hecho, Japón pertenece a un puñado minoritario de países donde la limpieza escolar se asigna a los niños. Por ello, cuando la voluntaria quiso introducir la idea de copiar esta costumbre en Bolivia, las primeras reacciones no fueron optimistas: «no hay forma de que podamos hacer eso», «los padres se opondrán» o «fuera de horario de clases, no», fueron las respuestas que recibió.

Sin embargo, las respuestas que recibió no fueron tan duras como las que suele haber en otros países, donde se argumenta que la sola idea de que los niños limpien sus escuelas transgrediría el derecho de trabajo de los conserjes o la dignidad de los alumnos. Inclusive, en otras sociedades se dice que se trataría de una forma de explotación laboral infantil.

Satoko Takimoto, de la ONG japonesa DIFAR, promoviendo la cultura de la limpieza y la gestión de residuos sólidos en Vallegrande.

La cooperante voluntaria de la JICA, Sanori Uoyama, en sus labores de educación ambiental en el municipio de Tiquipaya, Cochabamba.

Con algo de perseverancia, logró que los directores, educadores y padres de Vallegrande fueran entendiendo la importancia de crear una cultura de limpieza en los futuros ciudadanos.

Como todo proyecto de innovación, los primeros pasos no fueron sencillos. Sin embargo, las escuelas de Nagano y Nagasaki apoyaron esta iniciativa en Bolivia y enviaron videos de cómo los niños limpian sus escuelas en Japón. También se inició una campaña para promover la idea fuerza de que *el sōji es posible*.

Niños limpiando su propia escuela, una actividad que pocos países adoptan en el mundo. Japón es parte de esa minoría.

Debido a que el trabajo de esta ONG se combinó con otras labores, como por ejemplo el desarrollo de campañas de separación de residuos, compostaje y venta de productos basados en el reciclaje, la cultura ciudadana e institucional en Vallegrande fue cambiando poco a poco.

Hoy, una decena de escuelas de primaria y secundaria participan activamente en los programas de gestión de residuos sólidos, y el «sōji» ya forma parte de ellas. Inclusive, algunas unidades educativas, muy entusiastas, confeccionaron uniformes de limpieza para sus alumnos.

Fertilizantes domésticos

En Cochabamba, el municipio de Tiquipaya es otro de los ejemplos donde la cooperación japonesa se ha concentrado en el apoyo a la gestión de residuos sólidos. Se trata de una región donde hubo expertos trabajando en la Alcaldía y la cooperación

La escuela Okianwa Daiichi Nichibo implementó las actividades cotidianas de limpieza desde su fundación, en 1987.

apoyó con la provisión de equipos y vehículos para la gestión de residuos sólidos.

Al igual que en Vallegrande, en Tiquipaya también hubo voluntarios de la JOCV trabajando de manera silenciosa.

Una de ellas llegó para apoyar las labores de educación ambiental en el Gobierno Municipal de Tiquipaya. Tras su arribo, le fascinó la vegetación de esa ciudad, pero también le impresionó la cantidad de basura en las calles. Luego, y al igual que muchos japoneses que salen de su país, le sorprendió que no sea costumbre que los estudiantes limpien sus escuelas.

Como educadora ambiental, dedujo que la basura en las calles estaba profundamente relacionada con la educación desde la infancia.

Su enfoque fue distinto: organizó eventos de recolección de basura en escuelas y comunidades para fomentar el interés en la separación y el reciclaje.

Con el tiempo, la eficiencia del recojo de basura y el interés de los niños en las actividades de separación fueron creciendo.

Motivada por los resultados, la voluntaria también promovió iniciativas para reducir la cantidad de residuos sólidos orgánicos generada en hogares. Apoyado por la JICA, distribuyó kits de compostaje a cuarenta hogares, logrando resultados.

Una cuestión de hábitos

Se dice que una política bien pensada fracasa si no se aplica, y que una idea no tan buena podría convertirse en un éxito si se repite de manera sistemática.

Repetir consistentemente ciertas prácticas es, tal vez, uno de los secretos que llevó a Japón a la transformación social y hacia una cultura de limpieza. Conocedores de este secreto, la comunidad japonesa en Bolivia también desea compartirlo para lograr el mismo éxito.

La Escuela Okinawa Daiichi Nichibo fue fundada en 1987 por la comunidad y los padres de familia, y este año celebra su 37º aniversario. Desde su fundación, se ha hecho costumbre realizar una gran limpieza antes de la ceremonia de inicio del curso escolar, en la que participan padres e hijos, con los objetivos de tener una escuela limpia donde se pueda disfrutar la vida escolar y fomentar la cooperación mutua para lograr la finalización de tareas mutuas.

Esto no es diferente a las campañas de limpieza que hay en unidades educativas en Bolivia. Sin embargo, la diferencia está en las actividades diarias.

Por ejemplo, en esta escuela, las clases de español de la mañana anticipan la hora de la limpieza. Estudiantes y maestros limpian sus aulas para preparar el ambiente de las clases de la tarde.

Luego, después de las clases de japonés de la tarde, los estudiantes de grados inferiores limpian sus aulas, pero los de grados superiores también deben encargarse de la biblioteca, la sala de música, el incinerador de basura, los baños o el comedor.

Por supuesto, hay un cronograma de rotaciones de deberes cada trimestre.

Uno de los efectos inmediatos de este hábito es que los estudiantes aprenden a no ensuciar.

Además, también hay un comité de embellecimiento, encargado de elaborar un plan anual para mejorar los jardines o planificar el mantenimiento estructural de paredes o ventanas.

Hay una frase común en los fanáticos del fútbol en los mundiales, en los miembros de la comunidad después de un evento deportivo familiar o en los estudiantes de una pequeña escuela que los ayuda a marcar un objetivo de limpieza: dejar un lugar más limpio de lo que estaba antes de usarlo.

¡Esperamos que los ayude en su siguiente actividad de comunidad!